

Quando proteger la naturaleza nos protege a nosotros:

El rol estratégico de los santuarios de la UNESCO frente a la crisis climática

Desde las cimas envueltas en niebla de los geoparques internacionales hasta los templos sumergidos de los arrecifes coralinos reconocidos como Patrimonio de la Humanidad, estos refugios o santuarios no solo conservan entornos paisajísticos: operan como el sistema circulatorio y respiratorio de la Tierra.

La publicación, denominada Comunidades y naturaleza en las áreas designadas por la UNESCO: contribuciones locales y globales, constituye el primer estudio que examina la totalidad de esta red de conservación de la UNESCO como una única y vasta red de protección. Con una extensión que rebasa los 13 millones de kilómetros cuadrados —superior a la suma de China e India—, este conjunto de 2260 enclaves confirma que salvaguardar el entorno natural garantiza, a su vez, nuestra propia supervivencia.

Los datos resultan contundentes. Estos espacios resguardan más del 60 % de la fauna y flora catalogada mundialmente. Más alarmante aún: cuatro de cada diez especies que allí residen son exclusivos de dichas zonas. Si estos hábitats se desvanecen, dichas criaturas desaparecerán irremediamente.

«Las conclusiones son inequívocas: los territorios reconocidos por la UNESCO están cumpliendo su función en beneficio de la sociedad y del medio ambiente», señala el director general de la agencia, Khaled El-Enany. «En estas demarcaciones, las poblaciones locales florecen, el legado cultural se conserva y la riqueza biológica perdura, a diferencia de lo que ocurre en el resto del mundo».

Más allá de la flora y la fauna, estos entornos operan como colosales amortiguadores frente al calentamiento global. Acumulan aproximadamente 240 gigatoneladas de dióxido de carbono, una cantidad equiparable a dos décadas de las emisiones mundiales actuales. La degradación de estos ecosistemas liberaría dicha reserva a la atmósfera, desencadenando una «catástrofe climática» que frustraría cualquier meta de mitigación.

Una de las revelaciones más contundentes del estudio es que se trata de espacios habitados, no de territorios vacíos. Las zonas designadas por la UNESCO sustentan a cerca de 900 millones de habitantes, lo que equivale a una décima parte de la humanidad. Asimismo, son reservas de diversidad cultural: albergan más de mil idiomas distintos y en un 25 % de los casos se superponen con territorios ancestrales; en África y Latinoamérica, esta proporción supera el 45 %.

El documento subraya una premisa ineludible: es inviable conservar el territorio sin reconocer a las comunidades que lo han custodiado durante siglos.

En el ámbito financiero, los resultados son igualmente relevantes. Cerca del 10 % de la riqueza mundial se produce en el interior o en las inmediaciones de estas áreas, lo que corrobora que la preservación ambiental y el desarrollo económico son compatibles.

No obstante, el estudio emite una alerta severa: «el mecanismo de defensa está cediendo». Casi el 90 % de estos lugares soporta una presión ecológica intensa. En apenas diez años, los fenómenos meteorológicos extremos, como incendios y desbordamientos, han crecido un 40 %.

Los especialistas pronostican que, de mantenerse la tendencia actual, para mediados de siglo uno de cada cuatro enclaves de la UNESCO podría cruzar un «umbral irreversible». Ello implicaría la fusión de los hielos perpetuos o glaciares, la muerte de los arrecifes de coral y la conversión de las selvas tropicales en emisores de gases en lugar de capturadores.

El lado positivo radica en que el margen de acción sigue abierto. El análisis indica que evitar un solo grado adicional de aumento térmico permitiría reducir en un 50 % la cantidad de áreas amenazadas por un colapso total antes de que finalice este siglo.

Ante este panorama, la UNESCO exige «elevantar la determinación internacional» y exhorta a los Estados a dejar de considerar estos enclaves como simples «lugares bonitos» para el turismo. Por el contrario, deben gestionarse como «activos estratégicos».

«Se trata de una petición urgente para que se reconozca a las áreas de la UNESCO como elementos clave en la batalla contra la crisis climática», reitera El-Enany.

El plan de acción, aunque directo, requiere determinación: rehabilitar los entornos degradados, coordinar esfuerzos transfronterizos para salvaguardar la fauna migratoria y, fundamentalmente, otorgar el liderazgo a las poblaciones originarias y a los habitantes locales. Al destinar recursos en estas zonas en la actualidad, no solo se preserva un espacio natural o un legado histórico: «estamos asegurando la continuidad de la vida en la Tierra», finaliza la organización.